

Detrás de esas negras rocas hay una poblacion que vive de los naufragios, y que segun el teatro de la puerta de San Martin, habita inmensas galerías subterráneas donde suceden infinito número de cosas dramáticas.

En aquellas sorprendentes grutas que forman una vistosa decoracion todo actor que represente á un breton debe arrastrarse ó saltar, pero nunca andar; aullar, no hablar nunca. . . . Esos bretones son salvajes ó caníbales. Nuestros romanceros les darian con gusto la maza y el feroz ojo de Polifemo: nuestros dibujantes para mejorar un poco su color local, los dibujarian velludos de los piés á la cabeza como orangutanes.

Su reputacion está sobradamente formada, y cualquier dia y en cualquier teatro los veremos comerse mujeres y niños con gran satisfaccion de nuestro público parisiense.

¡Pobre Breña! Sin embargo, tiene prefectos, y maires y consejeros municipales. En conciencia ¿tiene nadie el derecho de calumniar así sin pudor á gentes que han prestado juramento y forman parte de la guardia nacional? ¡Ah! como la baja Breña supiera únicamente leer, los señores melodramaturgos tendrian que dar cuenta de sus antiguas necesidades y de sus vergonzosas mentiras.

Al estremo de ese agudo cabo donde termina la Francia, camina tal vez la civilizacion mas despacio que entre nosotros; pero al menos no retrocede

## X.

## EL EREBO.

Estamos en los confines del antiguo mundo, sobre una especie de plataforma, que tiende hasta la playa los tortuosos peldaños de una escalera de rocas.

El mar está delante de nosotros. A derecha é izquierda las costas del Finisterre cortan sus elegantes festones de negro granito, sobre los que se estrella como una hilera sin fin de dientes blancos, la espuma del Océano en una tormenta.

Segun los escritores formales y dignos de fe, cuando brama la tempestad en aquel mar oleante y terrible es dia de gran fiesta para las gentes del país.

ni huye, como sucede en las cercanías de nuestras barreras.

Marcha... Caco no es más fabuloso que los pretendidos fabricantes de naufragios de la bahía de Trepasés. Los que explotan estas escentricidades se engañan muy cándidamente: mas fácilmente hubieran podido hacer en nuestro París actual la carta de los Milagros ó el palacio del rey de los Pillos.

Preciso nos ha sido sentar estas premisas para tener el derecho de decir que el día á que se refiere nuestra historia estaban las márgenes del Ouessant y las costas llenas de una fila de curiosos entre los que no se hubiera encontrado uno solo de aquellos feroces pescadores que beben tibia la sangre de los ricos negociantes sorprendidos por un naufragio, ni una sola sacerdotisa de la isla de Sem, y menos la sombra de un druida.

Eran todas buenas gentes que trabajaban en tierra ó en el mar, manteniéndose con el pescado cogido en la terrible bahía ó con pan negro regado con su sudor, aldeanos como muchos de los que habeis visto, escepto que los rostros estaban enérgicamente señalados por esa tinta melancólica y á la vez agradable, particular á la raza bretona.

Los hombres con sus largos cabellos incultos, y las mujeres con sus cofias blancas, miraban con la mayor atencion un espectáculo que no se parecia á nada de lo que recordaban haber visto desde Sain-Pol hasta Donarnenez.

Entre la playa, defendida por innumerables rocas, y el sol, que se inclinaba mas y mas hácia el nivel del mar, dando á la cresta de cada ola mil reflejos movibles, se veia una cosa desconocida é inesperada, una especie de mónstruo navegando sin remo ni velas en medio de aquel onduloso mar y dejando flotar á su espalda como una enorme cabellera de humo.

Las gentes colocadas en los mas elevados picos del continente, veian esto confusamente y á mucha distancia; pero los de las márgenes del Ouessant mas próximos, podian distinguir cuando se ocultaba el sol tras alguna densa nube el casco negro y bajo de un buque, de un verdadero navío deslizándose por las aguas con una velocidad del infierno.

Sus mástiles delgados y desnudos tenian las velas con los rizos cogidos, no presentando al viento ni la menor cantidad de lona.

Y sin embargo, corria, corria. Su costado parecia vomitar una inmensa cantidad de espuma, sin que los rayos del sol pudieran penetrar á través de aquel negro penacho de humo que se evaporaba en lontananza detrás de él.

¿Qué era aquello?... Todos se persignaban con terror desde lo alto de las rocas y á lo largo de la costa. Preguntábase á los ancianos, que no sabian qué responder; y como la idea de las cosas del otro mundo acude al momento á las imaginaciones bretonas, decian por lo bajo, que aquel barco, impelli-

do por una fuerza misteriosa, era el Buque-Fantasma de que tanto hablaban los marineros en las veladas y que nadie había visto nunca.

La embarcación no tiene timón ni velas, y que remolcada por la mano de Satanás va más veloz que el viento de las tempestades.

Era sin duda ninguna el presagio de una gran desgracia. Las que tenían á sus hijos y hermanos en el Océano á la gracia de Dios, se arrodillaban y oraban....

El buque sin embargo se deslizaba por el mar brillante, y parecía burlarse de los mil escollos sembrados á lo largo de su carrera.

Seguía una línea casi paralela á la costa, y su marcha evitaba las rocas submarinas como si el ser que manejaba el timón uviera el don de ver en el fondo del agua.

De cerca el misterioso barco presentaba un aspecto tan extraño por lo menos como de lejos, y si las gentes de la costa hubieran podido dirigir una escrutadora mirada á la cubierta, no hubieran cambiado de opinión con respecto á la naturaleza diabólica del barco.

Delante y en la base del palo mayor, cuya elevación no estaba acorde con las proporciones del barco, trabajaban algunos marineros, y ningún marino hubiera sabido dar nombre á su operación. En la popa además del timonel, no se veía más que un grupo compuesto únicamente de tres hombres de un aspecto verdaderamente extraordinario.

Estaban resguardados de los rayos del sol poniente por una especie de tienda, cuya cubierta estaba formada por un gran pañuelo de cachemir de vivos y animados colores.

Uno de los tres hombres estaba acostado sobre unos cuantos cojines, teniendo entre sus labios la boquilla de una larga pipa india.

Los ingleses llaman nabab á una especie de aventureros enriquecidos en la India que vuelven á Europa con fortunas, la mayor parte de las veces inmensas, que derrochan según las costumbres asiáticas.

En realidad, nuestro desconocido no era otra cosa que un nabab pero las buenas gúntes de la costa le hubieran tomado seguramente por el rey de los infiernos en persona.

Era un hombre joven todavía, de elevada estatura, robusto y elegante á la vez, pero que parecía entregado á las costumbres de una indolente pereza. Sus facciones, maravillosamente delicadas y regulares en su generalidad, habían sufrido notablemente la influencia del sol de los trópicos; pero la tez de bronce que cubría su rostro sentaba bien á sus ojos negros, adornados de largas y sedosas pestañas.

Sus mal peinados cabellos se ocultaban casi bajo un gorro de cachemir; su barba, cortada á la moda de los persas, caía sobre su pecho en masas flexibles y brillantes. Llevaba una bata de seda

que unos elegantes y largos cordones sujetaban á la cintura.

Fumaba lentamente, aspirando el humo de su tabaco de perlada ceniza, cuyos vapores embalsamaban la tienda. Sus miradas se perdían en el vacío. Hubiérase dicho que le mecía un sueño divino.

En la profunda molición de ese reposo había también fuerza: bajo aquel pesado sueño se adivinaban la inteligencia y la audacia adormidas. Pero lo que más llamaba la atención en ese hombre era su belleza.

Lejos de velar esa belleza altiva la lasitud en que dormía á placer, le era como uno de esos arrogantes mantos que encubriendo la lengua antigua la acusan y hacen saltar á los ojos sus perfecciones.

Uno de los dos compañeros, arrodillado á sus pies, mantenía el fuego en el cincelado receptáculo de su pipa, ofreciéndole á intervalos una tacita del Japon llena de helado: el otro en pie detrás de los cojines agitaba sobre su frente un abanico de plumas.

Ambos eran negros como estatuas de ébano, pero sus facciones no presentaban esas líneas obtusas que distinguen de los demás á los negros de la costa de Guinea. Eran dos perfiles griegos esculpidos en mármol negro, y bajo su luciente tez era fácil conocer el tipo puro de la raza cáncasa.

Los marineros diseminados sobre el puente, pa-

recían temer franquear la línea que dividía en dos partes la embarcación. El nabab y sus sombríos servidores escitaban constantemente la atención curiosa de la tripulación, pero sin que se les dirigiesen más que tímidas miradas.

El capitán, inglés y de fisonomía fría y franca, se paseaba por la popa. Al otro lado del barco estaba sentado con los brazos cruzados sobre la banda, un joven marinero. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y su rostro desaparecía casi completamente bajo sus largos y esparcidos cabellos. A pesar de ese velo se distinguía hasta cierto punto un dolor mudo en sus pálidas facciones. En aquella postura libre y descuidada había desesperación balanceándose con indiferencia y conservándose en equilibrio sobre el abismo.

A pesar de haber allí un peligro inminente, no se inquietaba nada el americano. A veces se inclinaba más fuera de la balaustrada, y sus ojos, en que brillaba un fuego súbito, parecían mirar con envidia la transparencia de las aguas.

Ninguno fijaba la atención en él. Todas las miradas estaban fijas en el nabab. Para no turbar su reposo se daban las órdenes casi en voz baja, ejecutándose la maniobra sin ruido, surcando tranquilamente las aguas el buque.

Si algún barco pescador llegaba á cortar la línea blanca que dejaba tras sí la tripulación bretona, envuelta repentinamente en una nube de humo, se señalaba temblando como las gentes de la costa,

procurando leer en la 7<sup>ma</sup> popa del extraño buque las letras de oro que componían la desconocida palabra

### EREBUS.

Depuesta toda idea supersticiosa, los pescadores de la costa y los aldeanos reunidos en la orilla veían allí una de las mas raras maravillas que le ha sido dado contemplar al hombre. Los menos ignorantes y los menos crédulos hubieran experimentado á aquel aspecto una sorpresa semejante.

La atrevida y milagrosa obra del génio humano les aparecía de improviso.

El *Erebo* era el primer vapor que habia hendido las aguas del Océano.

En aquel tiempo se negaba el vapor no solamente por el pueblo, sino hasta por las clases mas instruidas, como se podria negar en nuestros dias la posibilidad de la navegacion aérea.

El *Erebo* habia sido ensayado en el Támesis y luego fletado por nuestro nabab para la travesía de Lóndres á Burdeos.

Teníase entonces una opinion muy exagerada de los peligros de semejante navegacion, y tal vez fuera por esto por lo que la emprendió nuestro nabab.

Hay hombres que no gustan ceñir las cinchas mas que á caballos que ningun lacayo ha podido montar.

Este nabab era un personaje notable: aparte de

sus riquezas y de sus estrañas costumbres, merecía por mas de un título la curiosa atencion que escitaba á los tripulantes del *Erebo*.

A bordo se tenían algunas noticias de su historia.

Llamábase Berry de Montalt y poseía el título de mayor. Pero esto era un efecto de pura modestia suya, porque no se ignoraba que habia sido general en jefe de las tropas del iman de Mascat, príncipe soberano de aquel comarca que confina con el Asia y que mide mas estension que la Francia y la Inglaterra reunidas.

Habia llegado á Lóndres siete ú ocho meses antes, acompañado de una comitiva verdaderamente régia. Habia comprado uno de esos raros castillos que escluyen ordinariamente la monótona uniformidad de Lóndres, y que estaba situado al extremo de Portland-Place, enfrente del parque del Regente.

Su hijo habia asombrado á la poblacion, acostumbra á no asombrarse de nada.

En esa lucha de desenfadada magnificencia que comienza todos los años el mes de marzo para terminar hácia fines de junio, y que se llama la *temporada*, habia vencido á los mas ricos y á los mas locos. A los pocos dias sabia ya Lóndres su nombre, y algunos despues fué proclamado el rey de la moda, el dandy, el dios.

Hablábase con admiracion de la estraña novela en que consistía su vida. Montalt habia ganado batallas y restablecido y conquistado reinos. No fal-

taban personas que citaban los estrambóticos nombres de su victoria, supliendo así la falta de periódicos que tanto se hacia sentir en el imperio del iman de Mascat.

Antes de vencer á los hombres segun se decia habia tenido una existencia solitaria y salvaje en el interior del Africa. Habia vencido los grandes tigres del Soldan y luchado cuerpo á cuerpo con los leones del Atlas.

Era un héroe.

Su gloria, conocida ó no, crecia cada vez mas. La invencion se adicionaba á la realidad para formarle un romántico y extraño renombre.

Y como pasaba siempre indiferente y desdeñoso por medio de la multitud, crecia la invencion hasta rayar en el entusiasmo, porque la gente, semejante á una mujer coqueta, prodiga sus favores á quien no los quiere,



## XI.

### MONTALT.

Montalt era hermoso, joven y noble. Tenia en el mas alto grado ese prestigio que dan las aventuras. Esto era bastante ya, y sin embargo, no era todo. Su fortuna era colosal, segun los noticieros, sin que consistiera en lo que constituye la fortuna en nuestros países europeos.

No poseia campos, ni castillos, ni acciones de minas, ni créditos contra el tesoro.

Su riqueza era tan escéntrica como él mismo. Sus millones cabian en el hueco de su mano.

Poseia una caja cuyo contenido nadie podido habia ver.